

INTRODUCCIÓN

Como hombre, sacerdote y misionero, también yo como todos, he vivido y sigo viviendo este tiempo de pandemia entre la novedad y la esperanza, entre el estupor y la incertidumbre, con la profunda certeza de que *Dios alienta con su Espíritu nuestras luchas y nuestra resistencia*. Sin duda alguna el tiempo en el cual estamos viviendo nos ha marcado mucho: especialmente al comienzo, se ha llevado a nuestros seres queridos, muchas de nuestras certezas se han ido desplomando de a poquito, y hemos entendido que no hay bien más importante que la salud, nuestra y de los nuestros. En algún caso, con la irresponsabilidad de algunos, hemos desaprovechado la oportunidad para salir mejores de esta situación, pero en la mayoría de los casos, nos hemos vuelto más empáticos y solidarios, reconociéndonos como nos pide el papa Francisco «hermanos y hermanas todos», comprendiendo que «nadie se salva solo», y que cuidarnos y cuidar a los demás es el acto de amor más importante que podemos realizar en este tiempo. La imposibilidad de poder celebrar por un tiempo prolongado, de forma “pública” nuestras liturgias como comunidad, no nos ha desanimado, haciendo brotar de la creatividad, fruto del Espíritu Santo, tantas iniciativas, en su mayoría “virtuales”, que nos han ayudado a experimentar la belleza de ser una Iglesia viva, que se pone a servicio de los demás. En la imposibilidad de tener abiertos los templos, los fieles han encontrado otras formas de ser “pueblo santo y fiel de Dios”. En cada hogar se ha formado una pequeña comunidad familiar, rezando juntos, meditando juntos la Palabra de Dios, buscando formas siempre nuevas para ser discípulos misioneros

en tiempo de pandemia. Hemos aprendido a valorar el trabajo importantísimo de médicos, enfermeros, y de quienes trabajan en el sector salud, quizás entendiendo que son ellos, junto a los profesores y a quienes han velado por la seguridad y el bienestar diario de nuestras vidas, los verdaderos héroes de nuestros países. Hemos aprendido a convivir con palabras desconocidas antes, o quizás poco usadas, como mascarillas, cuarentena, toque de queda, confinamiento, distanciamiento, entre otras. Hemos empezado a utilizar plataformas virtuales para encontrarnos, para comunicar, para aprender, para celebrar, no olvidando nunca que renunciar a un abrazo, a un gesto, a un beso, a una caricia, son cosas que nos cuestan mucho. Hemos aprendido que ya no se puede hacer planes a largo plazo, quizás ni siquiera a corto plazo, y que el plan más importante es vivir la vida como un don, vivir cada segundo, disfrutar de cada momento, cada encuentro, cada ocasión que se nos presente para poder compartir lo que somos. Pero pese al dolor, al sufrimiento, al llanto, a la incertidumbre política, social y económica, hemos comprendido que *nuestro Dios es el Dios de la Vida* y sigue caminando con nosotros porque es el Dios con nosotros, el Dios que vino a compartir nuestra misma fragilidad, el Dios que nunca nos deja solos. La Palabra de Dios se ha vuelto en este tiempo de pandemia, aún más “Buena Noticia”, haciéndonos comprender que Dios nunca nos abandona, sino que nos acompaña siempre, en el maravilloso viaje que es la vida.

Creo firmemente que una de las tareas principales y al mismo tiempo un desafío enorme de la Iglesia de este tiempo es *comunicar*, utilizando un lenguaje capaz de llegar a todos sin excluir a nadie, un lenguaje que nazca de la experiencia y llegue al corazón, recordándonos siempre que...lo que tenemos que comunicar es *la mejor noticia posible*: la Buena Noticia de Jesús de Nazaret, el Cristo, nuestro hermano, amigo, maestro y Señor.

Si en su momento el teólogo alemán Johann Baptist Metz pudo empezar un debate teológico a partir de la pregunta: «¿Cómo hablar de Dios después de Auschwitz?», y décadas después Gustavo Gutiérrez desde la realidad peruana pudo contribuir con su aporte a partir de la pregunta «¿Cómo hablar de Dios desde Ayacucho?», ahora creo que es tiempo de reformular la pregunta, viendo lo que esta pandemia nos está dejando como herencia. Estoy convencido de que las preguntas «¿Cómo hablar de Dios en tiempo de pandemia?», «¿Cómo creer en Dios en tiempo de pandemia?», y «¿Quién es Dios en este tiempo de pandemia?», tienen pleno derecho de ciudadanía en el debate teológico actual porque son preguntas que muchos se han puesto y se siguen poniendo desde marzo 2020, especialmente a la luz también de la incertidumbre a nivel político, social y económico, de esta loca guerra en Ucrania, y de las tantas y demasiadas guerras “olvidadas” que se combaten a lo largo y ancho de nuestra “casa común”, la Tierra.

Son preguntas que como hombre, sacerdote y misionero me he planteado también yo. Y he encontrado respuestas que considero válidas en la Palabra de Dios, especialmente en los Evangelios que a diario la liturgia nos ofrecía.

Quisiera, por lo tanto, con humildad y pasión, compartir estas respuestas que he encontrado, a través de esta publicación, en la cual comparto lo que ha surgido en mi corazón “inquieto”, después del encuentro diario con la Palabra, a partir de mi experiencia misionera en Perú (2014-2019). Mis breves comentarios diarios al Evangelio han surgido a veces en mis viajes misioneros en mi actual tierra de misión, Italia, bien como en su mayoría, después de prolongados momentos de oración. Han sido publicados a partir de diciembre 2020 (y hasta la fecha, mayo 2022) en mis redes sociales, dirigiéndose de forma particular a los jóvenes y a mis amigos

peruanos y latinoamericanos. Han sido mi intento de responder a esas preguntas, representando así mi pequeño aporte a la evangelización en este tiempo pandémico. He decidido no comentar los textos evangélicos propuestos por la liturgia a partir de la teología bíblica sino a partir de lo que la Palabra había hecho resonar en mi corazón, llegando a la conclusión, que es el hilo conductor de la primera parte, que *Jesús es la Buena Noticia en este tiempo de pandemia*. En la segunda parte de esta publicación, he compartido otras ideas “sueltas”, reflexiones (algunas más breves, otras más sistemáticas) ligadas a la realidad actual y a los diferentes tiempos litúrgicos, y que he publicado en las redes sociales en estos meses, convencido de que el mensaje que Dios me llama a vehicular es *un mensaje de profunda esperanza* para todos y todas. En varias de ellas se habla de hechos acontecidos en el último año y medio en Perú, o relacionados con el Perú, contemplados y comentados con mi mirada de misionero italiano “*de corazón peruano*”, iluminados por la Luz de la Palabra de Dios.

El título que lleva esta publicación es “*Buenas noticias en tiempo de pandemia*”, porque todas y cada una de las palabras que Dios nos ha regalado y que la liturgia nos ha ofrecido en este tiempo de dolor, de sufrimiento, de incertidumbre, de miedo y de esperanza han sido realmente “buenas noticias”. Y es que... es realmente una buena noticia para todos nosotros saber que Jesús ha venido «para hacer la voluntad del Padre» (Jn 6, 38). Muchas veces nos preguntamos cuál es la voluntad de Dios, especialmente en esta pandemia en la cual han salido a la luz todas y cada una de nuestras fragilidades y debilidades. Pero hay que ser claros y esta publicación busca evidenciar justamente eso: no es voluntad de Dios todo lo que experimentamos a causa de esta pandemia: el dolor, la desesperación, el luto, el miedo, la incertidumbre. Y si no es su voluntad, entonces nosotros, “pueblo santo y fiel de Dios”,

no podemos contentarnos con la frasecita aprendida de memoria: “que sea lo que Dios quiera”. La voluntad del “Taita Dios” es que todos nosotros, sus hijos e hijas, podamos vivir una vida plena, abundante, fecunda, y que la humanidad se renueve, que viva los valores que Él mismo, a través de Jesucristo, nos ha enseñado: la solidaridad, el respeto, la tolerancia, la inclusión, la empatía, la entrega generosa, la disponibilidad, el servicio, la fraternidad. El Padre ha enviado a su Hijo Jesús para que nadie se pierda (Jn 6, 39), para que todos puedan tener vida en abundancia (Jn 10, 10). Si es así, podemos comprender que antes, durante y después de la pandemia, toda situación que no nos lleve a vivir una vida plena, a no ser felices, a no vivir como hermanos, *no es responsabilidad directa de Dios porque no hace parte de su voluntad, de su plan de amor y de salvación para todos y todas*. Es hora de tomarnos nuestras responsabilidades y con la asistencia del Espíritu Santo, poner nuestro “granito de arena”, con empatía y solidaridad, para que la voluntad de Dios se cumpla.

Mi voz, sin ninguna pretensión, se suma a tantos aportes surgidos en este tiempo de pandemia, para que finalmente podamos “cambiar el chip” y dejar de creer que esta pandemia al igual que terremotos, tsunamis y desastres varios proceda de Dios para castigarnos. Nuestro Dios es el Dios de la Vida, *el Dios que establece alianza con nosotros*, el Dios que quiere vernos sanos, felices, alegres, realizados, viviendo en plenitud la vida. Es el Dios que en cada golpe que la vida nos da (especialmente en este tiempo de pandemia), está ahí, luchando, llorando, aguantando, sufriendo con nosotros. Él nunca nos deja solos, porque...es un Dios con nosotros, y ¡no en contra de nosotros! Jesús, con su vida nos revela a un Dios que es un Padre amoroso hacia todos sus hijos. *Su amor no es un premio que hay que ganar o merecer, sino un don que hay*

que acoger gratuitamente, para compartirlo de la misma forma, gratuitamente.

El "protagonista" de esta publicación es obviamente *Jesús de Nazaret*, el Cristo, la "Buena Noticia", el Amigo, el Maestro, el Señor, ¡quien nos acompaña en el maravilloso viaje que es la vida! Por eso, la primera parte de esta publicación tiene varias secciones, desde la infancia de Jesús, pasando por el inicio de su ministerio como profeta itinerante del Reino de Dios a través del bautismo, las tentaciones en el desierto, la llamada de los primeros discípulos, pasando por los grandes signos que ha realizado como las curaciones, llegando a sus enseñanzas a sus discípulos y a la muchedumbre, sin olvidar las diatribas con los fariseos, hasta finalizar con la Pasión, muerte, Resurrección y Ascensión al cielo. Las palabras de Jesús han sido y siguen siendo palabras de esperanza, de ánimo, de consuelo, palabras de vida...pero al mismo tiempo palabras que nos invitan constantemente a la conversión personal y comunitaria, a cambiar de estilo de vida, a cambiar de conductas, de pensamientos, de actitudes, a ser más empáticos y solidarios, a reconocernos hermanos todos y a vivir como tales sin excluir a nadie del amor que recibimos de Dios y que compartimos con los demás. Las palabras de Jesús buscan provocarnos, buscan despertarnos, buscan desinstalarnos y hacernos salir de nosotros mismos y de nuestra zona de confort para ir al encuentro de los demás, buscan que realmente caminemos por aquellas sendas por las cuales Dios quiere que vayamos para llegar a la felicidad plena y que no se marchita: caminos de libertad, de reconciliación sincera, de verdad, de ternura, de esperanza, de misericordia, de fraternidad, de vida.